

LÍNGUA ESPANHOLA

banca:

Dulce Maria Cassilha Andrigueto

Maria Luisa Ortíz Álvarez

_versão

Traduzca al español el siguiente texto.

[valor: 25,00 pontos]

Edmundo, o céptico

Naquele tempo, nós não sabíamos o que fosse cepticismo. Mas Edmundo era céptico. As pessoas aborreciam-se e chamavam-no de teimoso. Era uma grande injustiça e uma definição errada. Ele queria quebrar com os dentes os caroços de ameixa, para chupar um melzinho que há lá dentro. As pessoas diziam-lhe que os caroços eram mais duros que os seus dentes. Ele quebrou os dentes com a verificação.

Mas verificou. E nós todos aprendemos à sua custa. (O cepticismo também tem o seu valor!) Disseram-lhe que, mergulhando de cabeça na pipa d'água do quintal, podia morrer afogado. Não se assustou com a ideia da morte: queria saber é se lhe diziam a verdade. E só não morreu porque o jardineiro andava perto.

Na lição de catecismo, quando lhe disseram que os sábios desprezam os bens deste mundo, ele perguntou lá do fundo da sala: “E o rei Salomão?” Foi preciso a professora fazer uma conferência sobre o assunto; e ele não saiu convencido. Dizia: “Só vendo.” E em certas ocasiões, depois de lhe mostrarem tudo o que queria ver, ainda duvidava. “Talvez eu não tenha visto direito. Eles sempre atrapalham.” (Eles eram os adultos.)

Edmundo foi aluno muito difícil. Até os colegas perdiam a paciência com as suas dúvidas. Alguém devia ter tentado enganá-lo, um dia, para que ele assim desconfiasse de tudo e de todos. Mas de si, não; pois foi a primeira pessoa que me disse estar a ponto de inventar o moto-contínuo, invenção que naquele tempo andava muito em moda, mais ou menos como, hoje, as aventuras espaciais.

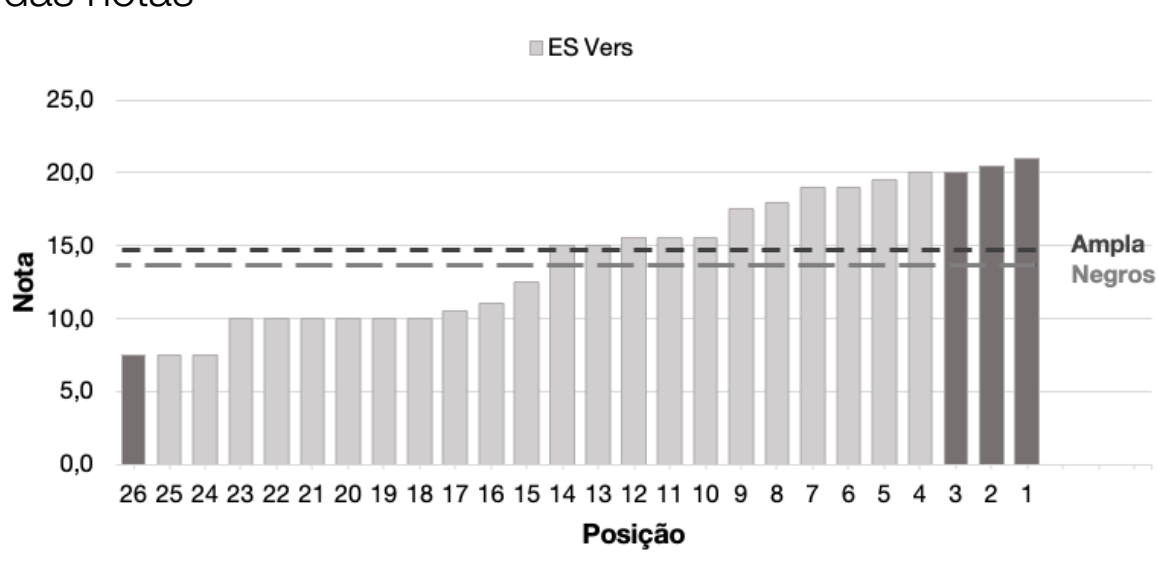
Edmundo estava sempre em guarda contra os adultos: eram os nossos permanentes adversários. Só diziam mentiras. Tinham a força ao seu dispor (representada por várias formas de agressão, da palmada ao quarto escuro, passando por várias etapas muito variadas). Edmundo reconhecia a sua inutilidade de lutar; mas tinha o brio de não se deixar vencer facilmente.

Numa festa de aniversário, apareceu, entre números de piano e canto (ah! delícias dos saraus de outrora!), apareceu um mágico com a sua cartola, o seu lenço, bigodes retorcidos e flor na lapela. Nenhum de nós se importaria muito com a verdade: era tão engraçado ver saírem cinquenta fitas de dentro de uma só... e o copo d'água ficar cheio de vinho...

Edmundo resistiu um pouco. Depois, achou que todos estávamos ficando bobos demais. Disse: "Eu não acredito!" Foi mexer no arsenal do mágico e não pudemos ver mais as moedas entrarem por um ouvido e saírem pelo outro, nem da cartola vazia debandar um pombo voando... (Edmundo estragava tudo. Edmundo não admitia a mentira. Edmundo morreu cedo. E quem sabe, meu Deus, com que verdades?)

Cecília Meireles. *Edmundo, o céptico*. In: *Quadrante 2*. Rio de Janeiro: Editora do Autor, 1962, p. 122.
Internet: <<http://contobrasileiro.com.br>>.

Distribuição das notas



Padrão de resposta da versão

Edmundo, el Céptico (Texto de Cecília Meireles)

En aquel tiempo, no sabíamos lo que era escepticismo. Pero Edmundo era escéptico. La gente se aburría y lo llamaba terco. Era una gran injusticia y una definición equivocada. Él quería romper con los dientes los huesos de ciruela, para chupar la miel que hay dentro. La gente le decía que los huesos eran más duros que sus dientes. Él rompió los dientes con la verificación.

Pero verificó. Y todos aprendimos a su costa. (¡El escepticismo también tiene su valor!) Le dijeron que, al zambullirse de cabeza en la pipa de agua del patio, podía morir ahogado. No se asustó con la idea de la muerte: quería saber si le decían la verdad. Y sólo no murió porque el jardinero estaba cerca.

En la lección de catecismo, cuando le dijeron que los sabios desprecian los bienes de este mundo, preguntó desde el fondo de la sala: “¿Y el rey Salomón?” Fue necesario que la profesora hiciera una conferencia sobre el asunto; y él no se convenció. Decía: “Sólo viendo.” Y en ciertas ocasiones, después de que le mostraran todo lo que quería ver, aún dudaba. “Quizá no he visto bien. “Ellos siempre dificultan.” (Ellos eran los adultos.)

Edmundo fue un estudiante muy difícil. Hasta los compañeros perdían la paciencia con sus dudas. Alguien debía haber intentado engañarlo, un día, para que él de este modo desconfiara de todo y de todos. Pero de sí, no; porque fue la primera persona a decirme estar a punto de inventar el moto continuo, invención que en aquel tiempo estaba muy de moda, más o menos como hoy, las aventuras espaciales.

Edmundo estaba siempre en guardia contra los adultos: eran nuestros permanentes adversarios. Sólo decían mentiras. Tenían la fuerza a su disposición (representada por varias formas de agresión, de la palmada a la habitación oscura, pasando por varias etapas muy variadas). Edmundo reconocía su inutilidad para luchar; pero tenía el brío de no dejarse vencer fácilmente.

En una fiesta de cumpleaños, apareció, entre números de piano y canto (¡ah, delicias de los saraos de antaño!) un mago con su sombrero de copa, su pañuelo, bigotes retorcidos y flor en la solapa. Ninguno de nosotros se importaría mucho con la verdad: era tan divertido ver salir cincuenta cintas de dentro de una sola... y el vaso de agua quedarse lleno de vino...

Edmundo se resistió un poco. Después, creyó que todos nos estábamos volviendo tontos. Dijo: “¡Yo no creo!” Fue a tocar el arsenal del mago y no pudimos más ver las monedas entrar por un oído y salir por el otro, ni del sombrero de copa vacío salir una paloma volando... (Edmundo era un aguafiestas. Edmundo no admitía la mentira. Edmundo murió temprano. ¿Y quién lo sabe, Dios mío, con qué verdades?)

Maurício Horta Miyauchi

nota: 21/25

En aquel tiempo, nosotros no sabíamos qué era el **cepticismo**. Pero Edmundo era céptico. La gente se aburría y le llamaba insistente. Era una gran injusticia y una definición equivocada. Él quería romper con los dientes los huesos de **néspera** para chupar un mielito que hay allí dentro. La gente le decía que los huesos eran más duros que sus dientes. Él rompió los dientes al verificarlo. Y todos hemos aprendido a su costo. (El cepticismo también tiene su valor!)

Le dijeron que, metiéndose con la cabeza abajo en el **reservatorio** de agua de los fondos de casa, podría morirse ahogado. No se asustó con la idea de la muerte: es que quería saber si le decían la verdad. Y solo no se murió porque el jardinero andaba cerca de allí.

En la **lección** de catecismo, cuando le dijeron que los **lumbreros** tienen desprecio de los bienes de este mundo, él preguntó desde hacia el fundo de la sala: “¿Y el rey Salomón?” Fue necesario que la profesora hiciera una conferencia sobre el asunto, y él no se quedó convencido. Decía: “Solo creo viéndolo.” Y en ciertas ocasiones, después que le mostraran todo lo que quería ver, todavía lo **duvidaba**. “Quizás yo no lo he visto correctamente. Ellos siempre interfieren.” (Ellos eran los adultos.)

Edmundo fue un alumno muy difícil. **Hasta mismo** sus colegas perdían la paciencia con sus dudas. Alguien debía haber intentado trompearle, un día, para que él, por eso, desconfiara de todo y de todos. Pero él mismo, no; porque ha sido la primera persona que me dijo estar en punto de inventar el moto-continuo, invención que en aquel tiempo estaba mucho de moda, más o menos como están hoy las aventuras en el espacio.

Edmundo estaba siempre en guardia contra los adultos: eran nuestros adversarios permanentes. Solo decían mentiras. Tenían la fuerza a su disposición (representada por varias formas de agresión, desde la palmada hasta la habitación oscura, pasando por varias etapas muy variadas.) Edmundo reconocía la inutilidad de luchar; pero tenía el orgullo de no dejarse vencer fácilmente.

En una fiesta de cumpleaños, surgió, entre presentaciones de piano y canto (¡ay! ¡Qué delicias eran las soirées de antaño!), surgió un mago con su sombrero, su pañuelo, bigotes retorcidos, flor en el bolsillo. A ninguno de nosotros nos importaría mucho la verdad: era tan gracioso ver cincuenta cintas saliendo desde dentro de una sola... Y el vaso de agua volverse lleno de vino...

Edmundo resistió un poco. Después, le pareció que estábamos volviendo demasiado tontos. Dijo: “¡Yo no lo creol!” Se puso a tocar el arsenal del mago, y no **hemos podido** ver más las monedas entrar por un oído y salir por el otro, ni del sombrero salir un pombo volando... (Edmundo lo arruinara todo... Edmundo no admitía la mentira. Edmundo murió temprano. ¿Y quién sabe, Dios mío, con qué verdades?)

RESULTADO

1. Nota relativa à organização do texto e ao desenvolvimento do tema: 10
2. Nota relativa à correção gramatical e à propriedade da linguagem: 11 - 8 erros

COMENTÁRIO

Escrevi esta versão inicialmente na folha errada, a do resumo de espanhol. Isso acontece mais frequentemente do que se possa imaginar. É horrível na hora, mas não é fim do mundo. Para evitar essa situação, eu aconselho o candidato a sempre conferir se o número da questão corresponde ao número da folha de resposta. É dica boba, mas é dica boa.

Se já for tarde demais e já tiver escrito no lugar errado, o candidato deve rasurar todo o texto com uma linha e transcrever a resposta na folha apropriada, sem pular linhas e nem redigir qualquer tipo de comentário para a banca. Nenhum mesmo. Caso contrário, pode-se caracterizar identificação do candidato, o que implica a desclassificação.

Cauê Rodrigues Pimentel

nota: **20,50/25**

Edmundo, el céptico

Em aquel tiempo, nosotros no sabíamos qué era **cepticismo**. Sin embargo Edmundo era céptico. Las personas se enfadaban y lo llamaban de terco. Era una gran injusticia e una definición equivocada. Él quería romper con los dientes las partes mas duras de las frutas, para chupar el zumo dulce que tenían. Las personas le decían que las semillas eran más duras que sus dientes. Él se rompió los dientes con la prueba. Pero probó. Y nosotros todos aprendimos a su cuesta (¡el cepticismo tiene su valor!)

Le dijeron que si saltara de cabeza en el pozo del jardín, podría morirse ahogado. No se asustó con la idea de la muerte: quería saber, sí, si se le decían la verdad. Y solo no se murió porque en jardinero andaba en las cercanías.

En la lección de catecismo, cuando le dijeron que los sabios desprecian a los buenos de ese mundo, él preguntó desde el fondo de la clase: ¿Y el rey **Salomon**? La profesora tuvo que hacer una conferencia sobre el tema; y él no se convenció. Decía: “sólo viendo”. Y en ciertas ocasiones, tras le enseñaren todo lo que é quería ver, aún dudaba: “Quizás yo no haya visto correctamente. Ellos siempre lo hacen más complicado”. (ellos eran los adultos).

Edmundo fue alumno muy difícil. Hasta sus amigos perdían la paciencia con sus dudas. Quizás alguien lo hubiera engañado, un día, para que él desconfiara de todo y de todos. Pero de si mismo, no; pues fue la primera persona que me dijo estar a punto de inventar el moto-continuo, invención que estaba en moda en aquel tiempo, más o menos como hoy están las aventuras espaciales.

Edmundo estaba siempre atento en contra de los adultos: eran nuestros adversarios permanentes. Solo decían mentiras. Tenían en su ventaja la fuerza (representada por varias formas de agresión, desde las palizas en la habitación oscura hasta diversas etapas muy diversificadas). Edmundo reconocía la inutilidad de luchar; pero tenía el orgullo de no rendirse fácilmente.

En una fiesta de cumpleaños, surgió, entre los números de piano y de conto (¡ah! que maravilla las fiestas de otros tiempos), un mágico con su sombrero, su lienzo, sus **bigodes** retorcidos y una flor en el bolsillo. Ninguno de nosotros se importaría mucho con la verdad: era tan chistoso ver **cinquenta** lienzos saliendo de uno solo... y el vaso de agua llenarse de vino. Edmundo resistió un poco. Después, pensó que

todos nos habíamos vuelto demasiado tontos. Dijo: “¡Yo no creó!”. Y empezó a examinar el arsenal mágico y entonces ya no podíamos ver monedas entraren por un oído y salieren por otro, ni ver una paloma volando del sombrero vacío. (Edmundo empeoraba todo. Edmundo no **admitia** la mentira. Edmundo murió joven. Y, dios mío, ¿quién sabrá con qué verdades?

RESULTADO

1. Nota relativa à organização do texto e ao desenvolvimento do tema: 10
2. Nota relativa à correção gramatical e à propriedade da linguagem: 10,5 - 9 erros

Anônimo

nota: 20/25

Edmundo, el céptico

En aquel tiempo, no sabíamos qué era el cepticismo. Pero Edmundo era céptico. Las personas se enfadaban y le llamaban testarudo. Era una gran injusticia y una definición equivocada. Él quería romper, con sus dientes, las semillas de los frutos, para alcanzar el líquido dulce que había allá dentro. Las personas le decían que las semillas eran más duras que sus dientes. Él se ha roto los dientes verificándolo. Pero sí que lo verificó. Y todos hemos aprendido a su expensa (¡El cepticismo también tiene su valor!).

Le dijeron que, si pusiera su cabeza dentro del mecanismo de irrigación del jardín, podría morir ahogado. No tuvo miedo ante la idea de la muerte: quería saber si lo que le decían era verdad. Y solo no murió porque el jardinero estaba cerca de él.

En las clases de catecismo, cuando le dijeron que los sabios menosprecian los bienes de este mundo, él le preguntó a la profesora desde el fondo del aula. “¿Y el Rey Salomón?”. Fue necesario que la maestra hiciera una conferencia acerca del tema; y él no salió convencido. Decía: “Solo lo creo si lo veo”. Y en ciertas ocasiones, después que le habían mostrado todo lo que quería ver, seguía dudando. “Tal vez no lo haya visto muy bien. Ellos siempre se molestan” (Ellos son los adultos).

Edmundo fue un alumno muy difícil. Incluso sus compañeros perdían la paciencia con sus dudas. Seguramente alguien habría intentado engañarle un día para que él sospechara tanto de todo y de todos. Pero no sospechaba de sí mismo, así que fue la primera persona quien me dijo que estaba a punto de inventar el moto-contínuo, una invención que estaba de moda en aquella época, tal y como las aventuras espaciales de hoy día.

Edmundo estaba siempre desconfiado de los adultos: eran nuestros adversarios permanentes. Solo decían mentiras. Tenían la fuerza a su disposición (que estaba representada por varias formas de agresión, desde un puñetazo a la habitación oscura, pasando por muchas etapas variadas). Edmundo reconocía la inutilidad de luchar; sin embargo, tenía el orgullo de no dejarse vencer tan fácilmente.

En una fiesta de cumpleaños, vino, entre presentaciones de piano y de canto (¡Ah! ¡Las maravillas de las fiestas de antaño!), un mágico, con su sombrero, su pañuelo, sus bigotes retorcidos y la flor sobre su traje. Ningún de nosotros se importaría mucho con la verdad: era tan divertido ver salir cincuenta fitas de dentro de una solo... y ver el vaso de agua llenarse de vino.

Edmundo resistió un poco. Después, pensó que todos estábamos quedándonos demasiado tontos. Dijo: “¡No lo creo!”. Saltó a investigar el arsenal del mágico y ya no pudimos ver las monedas entrar por un oído y salir por el otro, ni la paloma que asomaba desde el sombrero volando... (Edmundo estropeaba todo. Edmundo no admitía las mentiras. Edmundo murió temprano. ¿Y quién sabe, Dios mío, con cuáles verdades?).

RESULTADO

1. Nota relativa à organização do texto e ao desenvolvimento do tema: 10
2. Nota relativa à correção gramatical e à propriedade da linguagem: 10 - 10 erros